Los 70 años del poeta

Vicente Gerbasi en "Los espacios cálidos" de la memoria

ENRIQUE HERNANDEZ D'JESUS

Con gran entusiasmo aparece en la memoria, en los límites del éxtasis y de los afectos, en el encantado, en la sensación dejada en cada palabra, malabarismos de la belleza, del asombro. La poesía nos abre la puerta mágica de la sabiduría: Sueños e imaginaciones que se pueden cantar con nuevos y viejos idiomas. Pinocho se mueve en sus cuerdas, atraviesa los espejos, busca la orilla de los ríos, aparecen otros cuentos de castillo, pero el **Trópico Surrealista**, está lleno de muchos misterios, y para un encantado ese es su encanto.

En palabras de Luis Alberto Crespo, "el pensamiento poético de Gerbasi es el de una memoria pura, surgida del flujo y reflujo del encantamiento y, sobre todo, de la transparencia que es su resultado,espués del proceso de transfiguración de sus elementos, la cual determina el conocimiento de aquel mundo primigenio simbolizado en la casa de la infancia, en el paisaje de Canoabo, la noche o el relámpago y donde la vida y la muerte mantienen un **continuum** de lo perecedero y lo renaciente. El fin de esta experiencia profunda es su materialización en un objeto único transferido por el pensamiento memorioso y reflexivo al hecho poético, esto es, a la belleza primordial".

En esta meditación, el poeta Gerbasi vislumbra sus fantasmas, personajes ocultos que le inspiran el mito de lo sagrado, en un lenguaje oral lleno de símbolos, de combinaciones de palabras que sacralizan y desacralizan el pasado y el tiempo, y dejan una actitud poética en **Los espacios cálidos** de la memoria. Una noche escuché esa palabra del poeta. La doy a conocer hoy, cuando su vida alcanza el umbral de los sabios, y la ofresco como uno de los más hermosos testimonios de un creador excepcional.

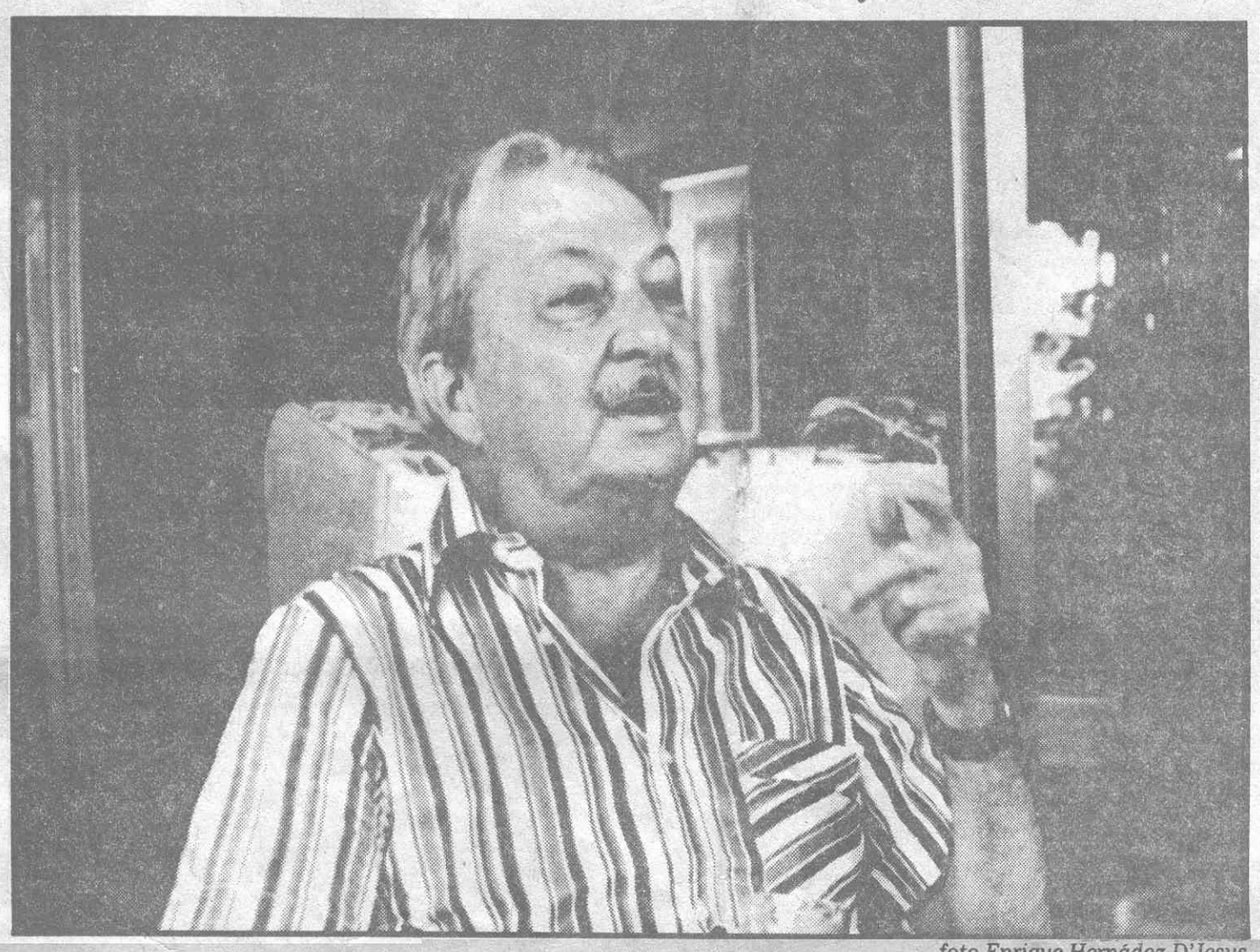

foto Enrique Hernádez D'Jesus

MI PRIMER POEMA

Yo no sé como escribí mi primer poema, tampoco lo he escrito. Mi primer sueño fue cuando tenía algo así como dos años, estaba todavía dormido en el cuarto de mis padres, detrás de la cuna había un pequeño altar con imágenes de santos y un vaso de aceite con un corcho, y una pequeña vela encendida que iluminaba todas las imágenes. Desperté una madrugada, no vi ni a mi padre ni a mi madre sino que escuché unos gritos en mi casa de Canoabo, que es un pueblo que está en medio de la selva, entre Urama y Bejuma, en medio de la selva de Canoabo. En vez yo grité mucho y hubo una persona que estaba en mi casa, ella era una empleada italiana, me dijo: "No siga gritando porque tu papá está matando una culebra". Mi padre no estaba matando una culebra, lo que sucedía esa noche era que estaba naciendo mi primera hermana. Mi primera hermana, llamada Queti, así me lo contaron después. Yo no sabía quién era Queti. Yo estaba solo en la cuna. Hay otra cosa más importante. Esa cosa es el misterio del poeta. A los diez años sucedió lo del viaje a Italia. Mi padre, quien era italiano, había decidido que nos marcháramos a Europa. Antes yo andaba por Canoabo, asistía a la escuela primaria, y montaba en un burrito negro que mi padre me había regalado cuando tenía seis años, y ese burrito era mi compañero, me lo ensillaban en la casa, y cuando yo salía de la escuela paseaba por el pueblo, como hacen hoy en día los muchachos con sus bicicletas o sus motos. Para mí, el burrito era esa bella bicicleta o esa bella moto. La noticia del viaje a Italia no me dejó dormir y oí que en Canoabo, ese pueblo rodeado de montañas, de cacaotales, de cafetales, de camburales, donde viven las serpientes, donde viven leones y dantas, animales maravillosos, oí, digo, las campanas del pueblo al amanecer. Nos alejábamos de Canoabo, mi madre iba montada en una mula con sus paraguas de siempre, mi padre en un gran caballo y mis hermanas y yo en nuestros burritos negros, y mi hermano Chepino, quien estaba recién operado, venía acostado dentro de una hamaca llevada por dos hombres.

Pasamos todo el día lluvioso. Al atardecer llegamos a Urama, y ese día vi por primera vez en mi vida, a los diez años, el automóvil y la carretera. Mi padre había alquilado dos automóviles, nos montamos en ellos. Mi padre me llevaba a su lado. A Chepino lo llevaba mi madre en sus brazos. El automóvil pasó por El Palito, allí vi el mar por primera vez, sobre el mar habían unas barcas de pescadores. Hacia Puerto Cabello, vi un ferrocarril pequeño, también por primera vez. Puerto Cabello me pareció una ciudad más bella que Roma, más bella que París, más bella que Londres, más bella que Nueva York. Mi padre nos llevó al hotel Universal, y al llegar ahí subí las escaleras, fui a la azotea, desde la azotea vi una ranchería, donde los arrieros de mulas, de burros, traían de los pueblos cercanos sacos de café, sacos de cacao, y al mismo tiempo cargaban a las mulas y burros con mercancías que vendían esas grandes casas alemanas como Blohm y Boulton, telas, comestibles que enriquecían y llenaban las pulperías y los negocios de esos pequeños pueblos.

Al anochecer mi padre me tomó de la mano, me llevó a visitar una familia de apellido Palermo quienes tenían un bar en Puerto Cabello. El se sentó a hablar con su amigo, y yo vi en un rincón del negocio una vitrina con una copa de chocolatines, eran chocolatines italianos, Palermo me llenó un bolsillo de chocolatines. Después mi padre me tomó de la mano, me llevó a los muelles. Estaba un barco allí que se llamaba el Venezuela, y resulta que como estaba iluminado el barco, me pareció mucho más grande y mucho más bello que el propio Puerto Cabello.

Al día siguiente salimos de Puerto Cabello, pasamos por Trinidad, por las Islas Canarias. En las Islas Canarias vi por primera vez las cerezas que las vendían en una barquita. En Barcelona vi volar un zepelín. El destino era Italia, íbamos en un barco escorado. Para mí fue un descubrimiento extraordinario, me creó un sentido de la soledad, del océano. Recuerdo que en la proa del barco habían unos mecates enrollados, yo me sentaba allí, veía el océano, y me iban apareciendo unas islas con el sol de las tardes doradas, eran las Islas Canarias, después las costas de España, todo me parecía dorado. Llegamos a Génova, y atravesamos Italia, hasta la provincia de Salerno. Ahí comienza mi poesía:

Comienza desde la selva de Canoabo, donde debajo de mi cama dormían ranas, y pasa por todos esos lugares extraordinarios como si uno estuviera volando cometas, cometas de trenes, de barcos, de ciudades, de hoteles, de luces, de música de barco. Creo que esta es una manera maravillosa de confesar su propia infancia, y la manera de cómo se ve el mundo. La poesía se inicia cuando uno comienza a ver el mundo. Pero, el mundo lo ha visto mucho antes. Yo empecé a ver el mundo la noche que lloré en mi cuna. Cuando estaba niño soñaba mucho. Mis tíos que vivían en Italia me traían libros de regalos, estaban llenos de dibujos muy bellos, de cuentos preciosos. Me los leía mi madre y me enseñaba italiano, eran cuentos hermosos de Pinocho, de castillos, de muchachos que viajaban por el mundo.

Cuando uno comienza a tener esta visión, con esa imaginación viajadera, que le producen a uno mucho los padres y los parientes, uno al fin y al cabo termina siendo un viajero. Se es un viajero, y un viajero de la muerte, incluso, de la vida y de la muerte.

A mí la muerte me preocupa horriblemente. Yo me someto a ciertos sentimientos religiosos, en los cuales no creí mucho cuando joven, cuando muchacho. Hoy día creo que tengo que someterme a ellos, porque de lo contrario estaría perdido en la nada, aunque yo soy un existencialista a la manera kierkergaardiana, en una nada mística. Yo pertenezco casi a una nada mística que me preocupa, y me mortifica inmensamente en la imagen de la muerte. Además yo no quiero sufrir, no quiero sufrir ni mi propia muerte, ni la muerte de los demás. Creo que la muerte es totalmente negativa para uno que está vivo.

En "Mi padre el inmigrante" que comienza: —Venimos de la noche y hacia la noche vamos —, es una muerte total, es una muerte que comienza en la muerte y termina en la muerte. Comienza en la oscuridad y termina en la oscuridad.

La muerte es simplemente un milagro, o simplemente un ciclo, que se cumple como una metamorfosis de la vida hacia la muerte, entonces lo conduce a la nada. Hay que filosofar un poco. La nada, la muerte es la nada. Puede ser que tenga una vida superior, o esté más allá donde está el Padre Eterno para que nos ayude en esta tremenda angustia en que nosotros, los seres humanos vivimos.

POESIA Y RELIGION

En materia poética pura, porque no podemos mezclar la poesía con la religión, ni con la literatura siquiera. Los poetas no son unos literatos, somos existenciales, somos como filósofos, pero en primer término, el poeta tiene que trabajar con su propia alma, y trabajar con el arte que se llama el arte poético. ¿Qué significa el arte poético? Significa construir todo un mundo sensorial, de visiones, intuiciones, de preocupaciones metafísicas, filosóficas, sobre todo estéticas y organizarlas en un lenguaje que se reduzca a un arte que se llama la poesía, la poética. Así como los pintores, toman todos los colores, y lo ponen en la paleta, así como los músicos toman el pentagrama y con él hacen la música.

Uno tiene que tomar por ese inmenso mundo del alma humana, de las experiencias humanas, con todas las preocupaciones humanas, y reducirlas a un lenguaje poético, ese lenguaje poético se hace de diferentes maneras. El que lo escribió en el siglo XIII, lo escribió a la manera del siglo XIII, el que lo escribió en el mundo hispánico, en la época de El Siglo de Oro, a la manera de San Juan de La Cruz. Nosotros en este siglo XX, no es que estemos rebuscando nada, simplemente nos hemos montado con nuestro siglo, y nosotros como poetas del siglo XX, tenemos que expresarnos de acuerdo con nuestro tiempo. Nosotros no podemos expresarnos ni como los romanos, ni como los griegos, ni como la gente del siglo XI, siglo XII, ni como los del siglo XVI, ni como los románticos. Tenemos que expresarnos como de nuestro tiempo, es decir, somos productos de nuestro tiempo. ¿Qué ocurre con nuestro tiempo?... Aparece con la Primera Guerra Mundial, y antes de la Primera Guerra Mundial, el Creacionismo, el Futurismo, y aparece el Dadaísmo, más allá aparece el Surrealismo. ¿El Surrealismo es un producto de qué?, de unos señores tan importantes como Freud, Young, quienes descubren que el subconsciente es superior al consciente y que todo movimiento que uno hace durante el día, no es producto del consciente sino producto del subconsciente, y mucho más en un alma artística que en un alma medio, yo no diría deteriorada, sino un alma-espíritu medio erosionada por el tiempo. Al fin y al cabo somos unos individuos que estamos viviendo más con el subconsciente que con el consciente, y por lo tanto producimos un arte que es más subconsciente que consciente.

Yo no creo que un banquero sea un persona totalmente normal, un banquero tiene unas reacciones tan subconscientes o peores, más subconscientes que las de un poeta muchas veces.

Un poeta, entonces, tiene que ver la naturaleza, ver a su alrededor, supongamos este mantel que es marrón con unas florecitas blancas, y esto tiene que fijarse en la mente, y tiene que expresarse en un momento dado. Eliot, era banquero.

La imaginación es una droga, el martirio de la imaginación es mi droga. Yo soy un poeta rural venezolano, con una formación florentina en mi infancia y parte de la adolescencia.

Salgo de la selva y vuelvo a la selva venezolana, y me encuentro con ese mundo tan primario, tan primario donde uno sabe que una serpiente coral siendo tan bella puede matarlo a uno en un segundo. Y por los caminos y por un campo cualquiera uno se encuentra con un ciempiés. Es un asombro lo que ocurre en el mundo tropical, ¿eso no es un droga?

Yo que comencé y evolucioné poéticamente en el "Grupo Viernes", y tenía todas mis vivencias conformadas desde los primeros años de mi infancia, de un pueblo tropical, del trópico venezolano conformado por una belleza extraordinaria y se parecía al surrealismo.

Siempre recuerdo unas palabras que me expresó en algún momento dado Alejo Carpentier: —el trópico es surrealista. Es barroco , y no hay nada más barroco que el surrealismo, ni cosa más barroca que el subconsciente, no hay cosa más barroca que los sueños, no hay cosa más surrealista precisamente que el barroquismo onírico. Esa es una manera de creer, de pensar, de conformar las ideas en torno al trópico. Porque el trópico es en sí un hecho poético por su naturaleza. Uno tiene frente a los ojos y en medio de los sentidos elementos tan maravillosos como los que produce el trópico. De ese trópico uno tiene que hacer lo que es el trópico. Yo hago una poesía de la tierra. A mi entender ahí está la belleza. Existe en nosotros elementos tan especiales que pasan de la flora a la fauna, de las leyendas a la cotidianidad, y conforman de por sí un estado de ánimo, y al mismo tiempo nos sitúa en el lugar dado en el que el mundo sensorial debe escoger a través del lenguaje, extraer a través del lenguaje la propia realidad del alma.

Para mí, la poesía es como la pintura que está en cada una de las celdas de San Marco, en Florencia, donde Fray Angélico pintó la vida de Cristo. El arte es una reclusión. Uno tiene el alma compuesta por pequeñas celdas de frailes, pintadas por Fray Angélico, y uno también es Fray Angélico.

MI FANTASMA PRIMORDIAL

Mi fantasma primordial fue el Tirano Aguirre. Pero, hay un fantasma que me fabricó mi madre, y una compañera nuestra que se llama Irene Manganelli, quien vive en Barquisimeto casada con un señor Furiati. Entre Irene Manganelli y mi mamá me crearon el primer fantasma. Eramos varios niños en la casa. Yo era el mayor. Mi mamá que se llamaba María Federico Pifano de Gerbasi e Irene Manganelli de Furiati. Hicieron entre las dos un muñeco de paja, le bordaron los ojos, le bordaron las pestañas, le hicieron una nariz de trapo, le pusieron un sombrero viejo de mi padre, lo vistieron con un traje de mi padre, le pusieron zapatos de mi padre, y entre las piernas le pusieron un machete con un racimo de cambures. Lo sentaron al pie de un naranjo en el fondo de la casa, y sobre el muñeco ese, terrible, le pusieron una lámpara de carburo, y aquel muñeco extraordinario fue mi fantasma. Me asustó, me ha asustado y me sigue asustando toda la vida.

Es un fantasma permanente.

Yo no veo fantasmas ni en avión, ni en un buque, ni en la orilla del mar. Veo los fantasmas en ciertos lugares especiales.

Andando con mi nieta de tres años por la Isla de Trinidad, nos agarró, como se dice, un palo de agua, mi nieta me dijo —Abuelo, tú y yo somos los dueños de la lluvia. Los niños son los espantapájaros de los fantasmas.

La poesía está llena de pájaros y espantapájaros. Yo adoro a los espantapájaros, como poeta y como campesino también. Yo como campesino soy primordial, yo soy específicamente un campesino porque nací en una aldea incomunicada. Mi primera experiencia de Canoabo, debe comenzar cuando yo tenía como tres años y medio, cuando llegó la langosta como a las tres de la tarde, con un sol bravío. Y la langosta recubriendo el sol, apagando el sol, ensombreciendo el sol, en oleajes rojizos, y mientras más avanzaba la langosta más se oscurecía el sol, y comenzaron a caer las langostas en el patio de mi casa, y las langostas se metieron en las mangas de mi camisa, se metieron en los cuartos de mi casa. Había un Cristo pequeño, iluminado con una lámpara de aceite, las langostas cayeron y apagaron la lámpara de aceite. Empezaron a comerse todas las hojas, todas las flores que había sembrado mi madre en el patio de la casa. Habían guayabos, naranjos, había un samán, habían margaritas, rosas, y comenzaron a comérselas. Yo no pude dormir, yo era tan pequeño que recuerdo que me metía debajo de la mesa del comedor, y mi cabeza no llegaba al tope de la mesa de comedor, y todos estábamos asustados, estaban asustadas las gallinas, estaban asustados mi padre y mi madre, estaba asustado el perro, estaban asustadas las vacas. Al día siguiente cuando yo me desperté, de todos los árboles, de todas las plantas, de todas las flores que habían en mi casa no había ni una hoja. Con la flor iban las langostas y se fueron, quedaron muchas muertas y otras temblando. Así es la langosta.

Yo creo que el alma es ecológica. El alma es un hecho ecológico, y la poesía es un hecho ecológico. En la Biblia no se habla sino de fauna, de flora. Y en medio de esto aparece el hombre que es también un hecho ecológico. El Arca de Noé, es el más bello milagro ecológico del mundo entero. El hombre cuando ve que todo se va a acabar, que va haber un diluvio, viene Noé, precioso caballero que se emborrachó al final, poeta grandioso, encerró en una barca hecha de madera a todos los árboles que encontró, y reunió a todos los animales. Ese es el más bello acto ecológico del mundo, nosotros los poetas somos unos Noé.

Yo creo que el hombre dentro de la ecología es el animal menos protegido.

Nacimiento de la melancolía

VICENTE GERBASI

Lentamente fui despertando en una luz de /conejos
frente a un tinajero de rostro de piedra y mojada /barba de helechos,
seguido por un perro que hacía volar los gallos
y saltar los fuegos fatuos en la noche.

Todo se iniciaba en secreto:
el olor del cacao en los patios crepusculares,
los rojos navíos celestes,
la campana en el pescuezo de los asnos,
el hollín en las paredes de la cocina,
la araña en el dibujo sideral de los rincones.

Comenzó mi soledad bajo unos árboles de follaje /negro
donde se escondía el crepúsculo con siete gatos /blancos.

Alrededor ascendían los girasoles
y detrás de los árboles rojos anidaban las /serpientes.
¿Había una cigarra cantando en la penumbra de /mis ojos?

Los ramajes de la tarde caían sobre los caballos
y una llanura tendía una luz amarilla para las /casas de palma.
Había una comarca de nubes donde dormían los /tigres.

Todo se iniciaba en secreto:
el sabor del chocolate,
Tío Conejo entre los árboles lunares,
el paso del jinete sin cabeza por la calle de la /noche,
el brillo del murciélago en la sombra.

Lentamente todas las mañanas eran nuevas,
con una ardilla que se escondía en la manga de /mi camisa,
con una cometa sobre la colina de las cruces,
con un viento de arena cruzado por un río
bajo la sombra azul de los bambúes.

Yo iniciaba la era de las aves migratorias,
de los horizontes fluviales,
de las oscuridades diurnas en el fondo de los /juncos.

¿Qué guardaba el agua en su movimiento de /penumbra y miedo?
¿Dónde comenzaba aquel día de naranjo y /trueno?

No había límites para las horas,
sino la aparición de alguna mariposa lenta,
de un negro rumor de lluvia en las montañas.

Yo iniciaba la era de los astros.
Todos se reunían bajo la lluvia y los relámpagos.
Mi padre me sonreía con su pipa entre los /dientes.
Mi madre tenía los ojos tristes como si mirara /un bosque lejano.
Mis hermanas tenían criznejas y grandes lazos /rojos.
Había un anciano de barba blanca que nos /hablaba de los animales.

¿Había oído, acaso, el nacimiento de la noche en /las guitarras?

Yo iniciaba la era de las puertas.
Había puertas para los hombres y puertas para /los caballos,
y puertas para los muertos,
y vi que las hormigas abrían puertas en la tierra,
y que las aves abrían puertas en los árboles,
y que la noche cerraba las puertas de las casas.

Del libro " LOS ESPACIOS CALIDOS", publicado en 1952.